

SEGUNDA PARTE

La sequía abrasaba los campos, abriéndolos en bocas deformes que se contraían brutalmente para mostrar las fauces reseca del terruño.

En las horas del mediodía asfixiaba el ambiente. La más leve ráfaga de aire alzaba en la campiña remolinos de polvo. Ascendían éstos por la atmósfera, juntábanse en ella y se desplomaban contra los vegetales como una lluvia de ceniza. Los amaneceres traían soles rojos de incendio que no hallaban al paso nubes donde suavizar y prismar los rayos de su luz. Los soles ponientes desaparecían de golpe, consumidos, achicharrados por la fuerza misma de su lumbre: nube alguna les hacía cortejo para recibir sus fulgores últimos y bordar con ellos á la tierra un manto de viudez. El rocío no lloraba en hojas y matas las ausencias del sol. Durante la noche parpadeaban las estrellas bajo cielos sin mácula, dejando caer sobre aquella tierra atormentada miradas impasibles.

Los campos de cebada, de centeno, de trigo, que por tales épocas del año verdean, coronados de espigas, eran este, pudridero de tallos. En las viñas ama-

rilleaban los pámpanos, cubriéndose de enfermizas arrugas y de agujerillos resudosos; las flores del granado parecían gotas de pus en los remates del capullo; al abrirse caían deshojadas, muertas antes de empezar á vivir. Los naranjales, los limoneros y limeras no daban lustre á la campiña con sus esferas áureas; no eran las aceitunas, tras la celosía de las hojas, ennoviadas mozuelas al acecho del rondador; más bien recordaban á esas viejecillas curiosas que asoman por la reja andaluza sus rostros cetrinos, donde no hay más que piel y hueso.

No tejían los prados, con el hebraje de sus hierbas, tapiz opulento, bordado con guirnaldas de amapolas y con grecas de margaritas; pintado con brochazos amarillos y azules; enlucido con sartas de multicolores capullos, aromado con silvestres esencias. Asperos y secos estaban, sin perfume y sin flor, raídos, calcinados, tal que si una guadaña, puesta al rojo, hubiera pasado por ellos.

Lo propio sucedía en los montes. Romeros y mejoranas; cantuesos y tomillos tendían al espacio sus deshojados esqueletos, sus ramas pulpáceas que al menor tropiezo cedían y se partían restallando. Plañían los juncos su martirio amarilleando al borde de arroyuelos enjutos. Sin fruto á defender, balanceaban sus ociosas puas los zarzales. Los pinos repretaban sus copas; las encinas, las carrascas y enebros dirigían al cielo sus brazos, implorando una limosna de agua.

A esta visión triste del terruño, condenado á morir de sed, sumábase una tristeza más: la que provocaba el uniforme color del paisaje. La gama de ver-

des que sube desde el llano á la sierra en himno derrochón, había desaparecido bajo una capa cenizosa. El polvo despotizaba el campo, convirtiéndolo en una enorme mancha gris. Por cima de ella, extendíase la mancha azul del cielo. Entre las dos manchas cabeceaba el sol.

Los toros pasaban y repasaban sobre aquella tristeza con agónica lentitud, pegadas á los espinazos las pieles, caídos los cuellos, de par en par abiertos los estúpidos y grandes ojos.

En el monte, los cerdos se resistían á ir en piara. No querían, pastar en común; faltaba hierba para todos y la buscaban uno á uno, separándose, esquivándose, gruñendo sordamente, volviendo á su fiera condición de salvajes; las cabras se empinaban sobre la punta de las rocas buscando en las ramas altas el sustento; los mastines aullaban, hundiendo en el suelo su hocico, haciendo retemblar las carlangas, olfateando el arribo de los lobos ayunos.

Si de las bestias se pasaba á los hombres, el espectáculo era más triste.

Los labradores, sentados en las lindes, cruzaban los brazos, contraían los rostros, pateando la endurecida tierra. Los braceros recorrían las calles en actitud mendicadora, en solicitud de un socorro, casi siempre recogido por los mostradores tabernarios. Contra éstos se amontonaban aquellos infelices, para enloquecer su miseria, para maldecir juntos, para insultarse en disputas agrias que remataban á golpe de puño y á corte de cuchillo.

Las mujeres de los braceros requisaban inútilmente rastrojos y planteles, cajones y armarios. No

había que espigar; no había que empeñar tampoco. Dejando á sus criaturas encomendadas á su suerte, se dirigían á casa de los señorones, á llorarles su angustia, á limosnearles el mendrugo. Las mozas, sintiendo en sus estómagos los mordiscos del hambre, juntábanse por las noches al borde de la fuente poniendo más oído que á los requiebros del galán, al alcahuteo de las viejas terceras, que les ofrecían manjares á elección, plata á ríos, si, admitiendo los consejos de su experiencia, echaban repulgos de hostilidad á un lado.

Algunas tragaban el anzuelo. Veíaselas entreabrir, en las altas horas nocturnas, los postigos de sus viviendas; deslizarse como sombras por callejuelas encuestadas; perderse en angostos zaguanes, en escalerillas sombrías, en boquetes negros donde acechaba la lujuria. Tráfico ruín, que muchas madres consentían, al imperio de la necesidad, y no pocos padres y hermanos dejaban cumplir, en actitud distraída, sin preguntar de dónde venían el fuego ardiente en los hornillos, la olla que burbujeaba á la lumbre, las pesetas que rebrincaban en el mostrador de la tasca.

Los almacenes de comestibles sólo fiaban á quienes llevaban vales suscriptos por los propietarios á cuenta de jornales; el Municipio andaba mal de fondos: algunos auxilios llegaron por oficios del diputado gobernante, pero quedaron entre los adictos á su política. No era cosa de repartirlos al tun tun.

Los propietarios de cuantía menor, pagaban también escote á la sequía. Cierta que á ellos les fiaban los almacenistas; cierto que los ricachones, les

anticipaban grano, caldos, simiente; pero con altos intereses que, á la vuelta de una cosecha, cuadruplicarían el préstamo y traerían la ruína.

Este miedo al hambre futuro provocaba en el casino murmuraciones y protestas, como provocaba el hambre presente, en las tabernas, blasfemias y amenazas.

A don Anselmo y á los ricachones que gobernaban aquel feudo serrano, no les iba tan mal.

—Así y tó, como decía el cacicón en sus intimidaciones, una sequía bien administrá reporta beneficios. Padece uno en la cosecha de uno; pero quien anda como uno, un año y dos años también, pué esperar. Haylos que tién fincas y que no puén esperar, porque las fincas valen poco y no permiten ahorros. Esos piden prestao. Si de la hipoteca ó de los réditos resulta que se aumentan mucho los réditos ó que el plazo de la hipoteca cumple, pues, con sus fincas te lo pagan. No tós los años son como éste. Con un año bueno, pagao quedas y con más fincas que antes. Haylos que no tienen sobre qué caerse muertos. Estos, si no trabajan, no manducan. Si el hambre aprieta no se anda la gente con remilgos. El que trabajaba por tres reales, por treinta céntimos lo hace á gusto cuando vienen las negras.

—Total: que echando bien las cuentas, también ganas por este lao. Por otro lao, que á quien aseguras con la limosna ó amarras con el pagaré, amarrao lo tiés que lo tiés. Sólo hay una cosecha ruín: ser pobre y no saber dejar de serlo. Esta si es sequía y sin nubes que la remojen.

Julia, ya casada, luego de habitar Madrid unos

meses disfrutando en reina su hermosura y su título, veranea en el domicilio paterno antes de emprender la obligada excursión por los balnearios.

Envidia es y admiración de todos. No hubo día durante su estancia madrileña, en que los periódicos no la mencionaran, elogiando su hermosura, sus trenes, su fausto, su favor en la corte, donde un príncipe joven, gran favorito del monarca, sabía dar puesto merecido á las buenas mozas, sin descuidar mercedes para padres, hermanos y esposos.

Muchas y grandes llovieron sobre la familia de Julia en el breve tiempo que llevaba de cortesana. A don Anselmo le obsequiaron con una cruz y con la desviación de una línea férrea que, pasando por terrenos de su propiedad, si perjudicaba al público, le favorecía á él. El conde fué nombrado embajador de S. M. en tierra de turcos. Un mes de plazo tenía para hacerse cargo del empleo. Vivirían este mes los esposos en casa de los suegros, y luego el marido á Constantinopla y la mujer á pasar la jornada estival con la corte.

La madre del conde se recluyó, á poco de efectuarse la boda, en su casa solariega de Asturias. Sus hijos la escribían de tiempo en tiempo; ella, de tiempo en tiempo contestaba. Eran cartas breves por parte de los jóvenes; largas por la de la anciana señora, llenas de afecto para Julia, de ternura y bondad para Alberto. Pero siempre, con un pretexto ú otro, negábase Leonor á vivir con ellos, á abandonar su vetusto torreón asturiano. Allí residía con tres ó cuatro servidores, viejos como ella, y como ella resueltos á morir en el rancio solar.

¡Ah la condesita de Montealto! ¡Poco se hablaba de la tall!...

No en valde se hizo pagar Alberto caro. Ahora que aceptase las consecuencias de la venta, que dejase á Julia en libertad, que se conformara con lo que ésta le diese, que se resignase á lo que ésta quisiera hacer.

El conde, comprendiéndolo así, acataba los deseos de Julia, cerrando ojos á sus voluntades para abrirlos de par en par ante prostitutas de alto bordo. Con ellas gastaba los billetes del suegro, no por vicio de ellas, por vanidad, por el orgullo de lucirlas en trenes lujosos, cubiertas de alhajas, de terciopelos y de blondas. Extraño á su hogar repartía el tiempo entre sus queridas y su club, mientras la condesa vivía en Real Hembra y hasta en hembra real, á creer run-runes palaciegos.

Después de todo — dijo don Anselmo á Teresa cuando á sus oídos llegaron estas murmuraciones, — más vale que le dé por ahí á la chica, que por enamorarse del cualquier pelafustán. Ya me pensaba yo que no aguantaría mucho tiempo al mozo encanijao que la regalamos por marío. Dando el título, dió el hombre cuanto podía dar. Mejor es que la muchacha haya tirao pa arriba. De echarse á un río, escogerlo con aguas claras.

Teresa mostrábase ufana con el encumbramiento de su cría, con su éxito de buena moza, que le recordaba, dadas las diferencias de posición y de lugares, sus propios éxitos juveniles, su ascensión triunfal á los brazos de un duque por el exclusivo poderío de su carne. Aquellos dos miserables, hechos á

explotarlo todo, lo propio y lo ajeno, la honra suya y la de los demás, hacían votos porque la murmuración no mintiera.

—Nada: que hacía bien la chica, en vez de reprenderla, era menester ensalzarla y aconsejarla para que sacara del limón todo el jugo posible. Gratitudes, no reprensiones, la debían, y en complacerla desvivíanse durante su estancia en el pueblo.

Sólo una pesadumbre turbaba las felicidades de aquella bien unida pareja. La falta de nieto. No había trazas de él. No era fácil que las hubiese. Julia lo había dicho de una manera terminante: "Los hijos deforman y envejecen; no estoy, ni por envejecer, ni por deformarme. Sólo si... En fin, ya veremos; más adelante ya veremos. No hace falta aún ese recurso."

Juanón, que á veces bajaba del cortijo con un humor de perros, enturbiaba la paz de Anselmo con sus lamentaciones acerca de aquella mala hija que se fué con Manuel á lo alto de la sierra, á vivir vida de jabalina entre los carboneros.

— Bastante hizo con no matarla, con respetar, por ella, con la vida de ella, la del otro. Pero. ¡que no echaran con él cuentas! ¡Que no bajaran más al llano! ¡Pué que entonces pasara lo que la otra vez no pasó por lástima y por los aqueles del cariño de la hija!... Bueno estaba lo bien; pero que no hurgasen la marrana. ¿Tenían ahogos? ¡Que reventasen los dos á puros malos tratos en la casuca de la sierra! ¡Que hachearan encinas! ¡Que requemaran el carbón! ¿Lástima de ella? ¿No lo quiso? ¡Que royera el hueso! Del chico, á nacer, que no pensarán en traér-

selo. Capaz era de cogerlo por las patas y estrellarlo contra una cerca.

Manuel y María se juzgaban felices en su casa de la montaña. En ella vivían, soportando placenteramente la escasez, ganando lo preciso, aguardando mejores tiempos.

Andresón dió á Manuel tarea entre los carboneros. Vivían éstos en cantón, en una ranchería establecida bajo los cabezos, donde terminaba el imperio de las perpetuas nieves.

Cerca de sus chozas se alzaba la casa de Manuel. Sus padres fueron carboneros, y á él se le consideraba como uno de la tribu. Todos aquellos hombres pertenecieron á la disuelta sociedad jornalera. Para ellos y entre ellos subsistía. La violenta represión de la huelga no les acobardó. Firmes en su aislamiento, constituyendo una brava familia, contrataban libremente la corta y el carboneo con los amos. Los amos no tenían por qué intervenir en cuántos y de quiénes fuesen los brazos que hacheaban los árboles ó requemaban el carbón. Esto era cuenta de ellos y de Andresón, el patriarca de la tribu.

¡Que no pretendieran los amos imposiciones y desplantes! Con los carboneros no rezaban. Sabían respetar á la gente, pero sabían hacerse respetar. El que más y el que menos guardaba una escopeta en los rincones de su choza, y no gustaba de perder la pólvora en salvas.

Pareja cabal hacían con aquellos varones sus hembras, de semblantes curtidos, de bronceados cutis, de recias musculaturas, que no excluían la gracia y la esbeltez. Los infantes de estas mujeres se desarro-

llaban pronto y duro; á los diez años ya esgrimían los chicos el hacha y trabajaban el carbón; á los once ya desempeñaban las mocitas el casero tragín.

Durante el carboneo, hombres, niños, mujeres, parecían estatuas vivas de ébano; tallas negras, en cuyos rostros brillaban, tal que dos brasas, las pupilas, y relucían entre otras dos brasas, formadas por los labios, los blanquísimos dientes.

Con aquella gente se hizo á vivir María.

Algo le apenaban la ausencia y el enojo del padre: pero, ¿qué remedio? Ella era de su Manuel, su Manuel de ella, y los dos juntos del hijo, que acusaba su advenimiento en el deformado vientre maternal.

Manuel ganaba hacha en filo su vida. En la corta no cedían á ninguno sus brazos. El carboneo era más duro de aprender. Ya lo iba aprendiendo por enseñanzas de Andresón y por bondades de sus compañeros. A la vuelta de algunos meses podría competir con los maestros, acrecer la ganancia y darse más cómoda existencia. Interín, pasando iba; no faltaba en su mesa la hogaza de pan y en su olla la piltrafa de carne. A veces colgábase la escopeta del hombro, y entraba monte arriba al husmo de la caza. Algunos perniles de jabalí adobaron las manos de María; no pocas veces un conejo ó una perdiz se tostaron en la sartén, una torcaz hirvió en el puchero y una liebre se estofó en la cazuela.

Eran tales guisos, para la pareja, banquete. Y era fiesta noble de amor cuando, terminada su cena, sentábanse el uno junto al otro, apoyando ella su cabeza en el hombro del compañero, poniendo éste sus ojos en las negras pupilas de ella. Hablaban así lar-

gamente, en voz baja, mezclando palabras y caricias, dibujando su futuro entre aquellas cuatro paredes, viendo ya nacido al infante, siguiendo con la imaginación sus pasos.

Mirábanle ya mozo; la madre, en galán, en gallardo requebrador, por cuyo disfrute perraríanse las mujeres; el padre, en varón fuerte, en conductor de humanidades, en apóstol que llevaría á las multitudes hacia reinos de justicia y bondad.

—¡Si su hijo fuera uno de estos hombres! ¿Y por qué no? Él, trabajador rudo, apenas afinado por las enseñanzas de Francisco, el mecánico, y de Goicochea, había llevado su grano de arena al edificio del futuro. Su hijo, la nueva carne suya, más apta por la herencia del padre para recibir y cuajar ideales, se engrandecería, se fortalecería en el trabajo, en el estudio... El padre le sabría ayudar para que después ayudara á los esclavos blancos, á los siervos del mar, del taller, del campo, de la mina...

Al imaginar este porvenir, sonreía la madre, poniendo en Manuel los húmedos y negros ojos; su pecho, que anunciaba ya á la nodriza, se alzaba y se deprimía suavemente; su vientre palpitaba con fuerza. Manuel, cayendo de rodillas ante la engendradora, rodeándola con los brazos el talle, ponía su boca en aquel vientre, como en tabernáculo misterioso, guardador de una hostia carnal que, andando los tiempos, se alzaría sobre la tierra.

Muchas veces, al retorno de sus monteriles acechos, se tropezaba Manuel con don Fernando Enriquez, que escopeta en brazo vagaba por los riscos, derribando reses y dándose á añoranzas del pasado,

que en imbecil aventura quiso resucitar. Los muertos no se resucitan; lo pasado no vuelve. Nuevos hombres advienen, nuevas generaciones brotan. Quien, puesta la planta en el ayer, quiere retrotraer el presente, es algo así como un espectro haciendo juegos malabares al borde de una tumba.

Por virtud de aquellos encuentros simpatizaron los dos hombres: el noble de raza, el enamorado de las épocas absolutistas y el obrero apóstol, predicador de una sociedad igualitaria.

Uníales un odio común: el odio al hoy, á la burguesía dominadora, al capital en triunfo; de ahí su aproximación, afirmada por la homogeneidad de sus temperamentos enérgicos, batalladores, indomables.

Lo que fué primero un saludo, trocóse con los días en afectuoso apretón de manos. Fernando abrió al carbonero su torre; algunas tardes hacía alto en casa del obrero; algunas tardes llegaba Manuel junto al castillo del marqués. Si estaba la marquesa á la puerta, descubriase reverente y pasaba de largo. Si estaba Fernando con su madre, hacía alto en la marcha y conversaba con los nobles. En ocasiones asistía á estos diálogos el doctor González Hernando, que á lomos de su caballo, recorría la sierra para alivio de enfermos y socorro de miserables.

Como nunca eran precisas la ciencia y las caridades del doctor. La sequía trajo la fiebre con la necesidad. Entre los carboneros no hicieron grandes estragos uno y otra. Su vivir fraternal les permitía darse ayuda; las nieves serranas refrescaban la atmósfera.

¿Y abajo, en la llanura, en los estribos de la sierra?

Allí las dolencias y el hambre se cebaban en los jornaleros ociosos, en los hogares sin ventilación y sin luz, en el triste rebaño que pateaba los campos yermos, las calles inhospitalarias, dirigiendo al espacio miradas de rencor y de súplica.

—¡Ah la grey infeliz, la famélica legión proletaria! Ella fecundaba los campos, cortaba la mies, podaba viñas y frutales, pisaba el vino, prensaba la aceituna, producía aquella riqueza que los amos almacenaban en sus trojes y en sus depósitos. Todo era obra suya, y, sin embargo, un mal año, dos meses de sequía bastaban para que la grey sucumbiera.

Esto era inhumano. En ello convenían: la marquesa, por impulsos de su cristiana caridad; González Hernando, por científica convicción; Fernando, por nobleza de su alma que, sobreponiéndose á preocupaciones de raza y de doctrina, se inclinaba hacia los humildes. llamando obligación de los de arriba para con los de abajo, lo que era derecho y prerrogativa á todos los hombres común.

Manuel discurría en rebelde, en esclavo que se reuerce para romper sus grillos.

—Aquello era injusto. Había que preparar el advenimiento de otro mundo, donde la injusticia no triunfara.

En prepararlo, en traerlo, pensaba Manuel á sus solas, cuando atardecía, á la conclusión de sus faenas. Acodado en un natural mirador que construyeron junto á su vivienda las rocas, clavaba los ojos en el valle. El pueblo rico ardía en el fondo, entre los rayos del poniente.